

Dolores Sopeña



*¿Quién es?
¿Cómo era?*



Dolores R. Sopena a los 17 años

Queridos amigos

La conozco mucho aunque no tuve la suerte de vivir a su lado. Cada vez que me acerco a su persona descubro más riqueza y más profundidad. Dolores fue insólita y original en su tiempo y todavía hoy conserva el atractivo de una cierta novedad. Me encantaría saber conduciros sencillamente a través de algunos aspectos de su vida hasta llegar al recinto más sagrado de su intimidad. Tendrá que ser a grandes trazos; algo más largo y cuidado requeriría mucho tiempo. Perdonadme si os pinto una imagen demasiado bella. Perdonadme si exagero. Puede ser. Pero os aseguro: así la veo yo. Grande, como obra de Dios, – el Artista– . Pequeña y débil, como un simple instrumento en sus manos.



Muchas veces he escuchado la pregunta que sirve de título a este pequeño folleto y quiero hablaros de ella

Comencemos así

Fecha de nacimiento: 30 de diciembre de 1848.

Nombre de los padres: Tomás y Nicolasa.

Número de hermanos y lugar que ocupa entre ellos: siete; ella fue la cuarta.

Debió tener una altura de 1,63 cms., aproximadamente. El color de la piel, blanca. Los ojos, castaños. El cabello también castaño, más tarde canoso. Tuvo desde niña unos ojos enfermos, casi sin pestañas. No fue agraciada. No parece haber sufrido lo más mínimo por ello. Sí poseía el atractivo de una rica personalidad.

Dando un paso más, puedo decir que tuvo una inteligencia media-alta. Intuición. Lucidez mental. Ingenio.

Voluntad muy firme. Decisión. Intrepidez. Valor. Fortaleza de ánimo. Fuerte sentido del deber, heredado de su padre. Enorme capacidad de trabajo. Constancia. Dotes de organización, Buen sentido.

Sociabilidad, que fue creciendo con los años, pues de niña y de joven era sumamente tímida.

Sinceridad. Lealtad. Franqueza. Simpatía. Trato agradable. Sencillez. Sensibilidad exquisita ante el sufrimiento y dolor ajeno; así era también su madre.

De joven era un poco melancólica. Después no parece que volvió a experimentar este sentimiento, cuando ya tuvo grandes cosas en qué ocuparse, cuando otras personas que la necesitaban fueron “invadiendo” prácticamente su vida.

Nombre:
M^a Dolores
Francisca
Fermina
Jacoba.

Apellidos:
Rodríguez
Ortega
Sopeña
Salomón.

Lugar de nacimiento:
Vélez Rubio
(Almería,
España)

¿Era algo sentimental?

Su carácter era fuerte. El genio, vivo. Supo pedir perdón y perdonar.

No tenía carreras ni estudios especiales, sin la cultura general de una joven de familia media de su tiempo. Sí vivió en un hogar cultivado intelectualmente. Su padre era magistrado.

En el terreno religioso –y seguimos avanzando hacia el centro de su persona–, desde niña tuvo una fe enorme. Sus padres fueron grandes creyentes, como lo atestigua su vida y su muerte. Las grandes verdades de la religión católica que ellos le enseñaron fueron sus convicciones más profundas y crecieron con ella. Su fe alcanzó un alto grado de madurez y experiencia. Experiencia de creer. Experiencia de ser conducida por Dios que, muy lentamente, le iba mostrando el camino.



Llegó a tener miedo de «querer», para evitarse los sufrimientos de la separación. Tuvo grandes amistades. Un gran corazón.



Sus ojos

Muchas cosas quedan para nosotros en la oscuridad. Sencillamente no las vemos, aunque nuestra vista pase sobre ellas.

Pues bien, los ojos de Dolores se dirigían invariablemente donde había un dolor, físico o moral. Las personas, las personas necesitadas atraían poderosamente la atención. ¡Qué espectáculos desoladores ha contemplado...! Cuartuchos destartados y cuevas, en Almería. «Era terrible el cuadro que se presentó a nuestra vista.» Barrios muy extremos del Madrid de fin de siglo. «Es imposible describir las viviendas...» Pobreza, ignorancia, marginación, falta de fe. En España, en Puerto Rico, en Cuba.

Veía tantas personas adultas, en el vigor de la vida y carentes de toda oportunidad. ¿Qué hacer para ayudarles a salir de esa situación? Los niños, los ancianos, los enfermos, estaban atendidos, al menos en parte. Pero a estos otros, ¿quién les daba una mano?

Aún veía más allá. En esos rostros curtidos por el duro trabajo, marcados por la pobreza y la soledad; en estos rostros, blancos o de color, se hacía patente para ella el resplandor de su dignidad. Su dignidad de hombre, de hijos de Dios. Veía sus corazones de oro, su bondad... ¡Cómo ha sufrido al ver que esta dignidad no era reconocida! ¡Cómo ha deseado que ellos mismo tuvieran consciencia de ella! Tanto que ésta ha sido una de las más grandes aspiraciones de su vida, nos confiesa.

Comenzó espontáneamente a quererlos... No tuvo que hacer ningún esfuerzo, le brotaba de dentro, ¡los sentía tan hermanos! Era su vida estar con ellos. Nadie lo comprendía. Dolores tampoco. Era un secreto de Dios. Estaba hecha para eso.

¿Nunca
habéis
experimentado como
salta a la
vista aquello
que
interesa?
Es como si
de nuestro
interior
saliera un
foco de luz
que todo lo
ilumina.

Sus pies eran ligeros...

La llevaban sin
cansancio a
los lugares
donde estaban
esas
personas...

...y a todos los sitios donde fuera necesario para hacerles el bien. Imposible esperar a que ellas vengan. Ir a buscarlas, salir a su encuentro hacer ella el camino. El caso era llegar. Llegar a cada una, a su casa, a su vida, a su corazón. Cárceles, hospitales, barrios extremos, «recorría las viviendas», «sabía todos los rincones»: tabernas, calles, plazas, trenes, tranvías. Su madre temía se estropease su salud y le decía que eso no era vida y, sin embargo, ésa era su vida, ¡su vocación!

Ha recorrido España, ha viajado de día y de noche, sola (en aquellos tiempos) y acompañada, incluso con peligro por su falta de vista. Ha caminado sin parar. Todas su idas y venidas tenían una sola dirección: la persona adulta, necesitada de oportunidades, de promoción. Y por eso se sentía dispuesta a ir donde hubiera la más mínima posibilidad de ayudar a alguno en su vida y en su fe. No regateaba pasos. Sí, a sus pies les gustaba ir... E ir lejos, al encuentro.

Su voz no estaba hecha para callar. Sus palabras estaban llenas de dulzura y persuasión. Sabía llegar al corazón y el efecto se reflejaba a veces también en los rostros.

La escuchaban con atención, con curiosidad, con entusiasmo. El respeto, la comprensión, la esperanza, la belleza increíble de las verdades de nuestra fe eran en sus labios una música que muchos jamás habían escuchado.



Cualquier lugar era adecuado. Bajo el sol de Cuba o a la orilla del río en Madrid; en el barrio de Las Injurias o en el Palacio Real. Bastaba que hubiera una sola persona dispuesta a escuchar, a entablar un diálogo amistoso, interpersonal, de corazón a corazón. «Con el Rey, como con el obrero». ¿Por qué no anunciar a todos la verdad, el amor? ¿Por qué no despertar conciencias y hablar a todos de fraternidad?

Y ¿qué oiría Dolores Sopena?

¿Qué sonidos le llegaban con mayor nitidez?

En primer lugar, supo escuchar a personas concretas.

Todo su ser estaba abierto a los demás.

Esta disposición a dejarse tocar, impresionar, provocaba la confianza.

¡Cuántas personas se extrañaban de ellas mismas! «¿Y por qué le cuento yo a usted todo esto?» Ilusiones y penas, angustias y esperanzas, lamentos o gritos de alegría penetraban en ella a través de la escucha. ¡Qué enorme caja de resonancia era su corazón!

Dolores no percibía solo la voz de hombres y mujeres concretos. A su oído llegaban también los ecos y rumores que vibraban en los aires de su tiempo. Su vida coincide con un momento brillante y tormentoso de la historia de la humanidad. Brillante, por el gran desarrollo técnico, científico y artística. El cine, el teléfono, la luz eléctrica, el ferrocarril, los primeros aviones, etcétera, admiraron a sus contemporáneos y seguramente a ella misma. Grandes genios de la literatura y de la música florecieron por entonces. La vida era cada vez más fácil y bella para unos pocos y muy triste, trabajosa y llena de vicisitudes para muchos.

Con la revolución industrial y el ruido de las máquinas oye Dolores el crujir de las cadenas de una nueva esclavitud, que cae sobre inmensas masas de hombres.

Ya bullían en Europa movimientos de protesta y organización de los obreros. España va más despacio. El obrero de principios de siglo está casi solo en su marginación y dificultad. Interesan sus músculos, su fuerza física.

¡Qué pocos piensan en cultivar su inteligencia, en abrirle camino hacia el caudal de saber de la humanidad! Dolores está entre ellos. Funda entonces los Centros Obreros. Allí se abre un pequeño acceso a la cultura y superación, se desarrollan cualidades artísticas, se vive un clima de calidez humana, respeto y fraternidad.

¡Fraternidad! También oye Dolores esta palabra. Otros la gritan pero la reducen. ¡Qué pocos piensan en tender puentes de relación “fraterna” entre el obrero y otros sectores de la sociedad! Más bien le buscan para desestabilizar, para crear confusión y desorden. Es materia para ello, pues la injusticia, sufrida en primera persona o vista de cerca, crea un potencial de alcance incalculable. Dolores no ignora nada de eso. A sus oídos han llegado también los gritos de revueltas callejeras, de manifestaciones y protestas; pero más hondo le ha llegado el anhelo íntimo de muchos corazones: sentirse hermanos. Sí, el obrero está hecho para la solidaridad y la comunión. El reto es ampliar el radio...

el corazón sigue siendo el centro. El reto es despertar la sensibilidad y el sentido social cristiano. Acercar, sembrar el amor. Crear lazos. Es difícil, pero lo intenta. Ella sabe poco de sociología, de economía y política, pero ha tratado de cerca a muchas personas y ellas le han enseñado por dónde va la única solución: el amor. Una fraternidad de obras que parta del corazón y se refleje en la vida, Una fraternidad que muestre... «de manera tangible que la sociedad cristiana es un cuerpo solo, donde los miembros no pueden desinteresarse el uno del otro y donde, a la vuelta de mil teorías, al fin y al cabo quien ha de dar la solución última es el verdadero amor, que hace de todos una sola cosa».

Podemos pensar que esto es imposible. Que es una utopía. Sí, lo es. La utopía cristiana. ¿Acaso no somos todos hijos de un mismo Padre, y por tanto hermanos, llamados a formar una sola familia? He aquí otras de las grandes aspiraciones de Dolores.

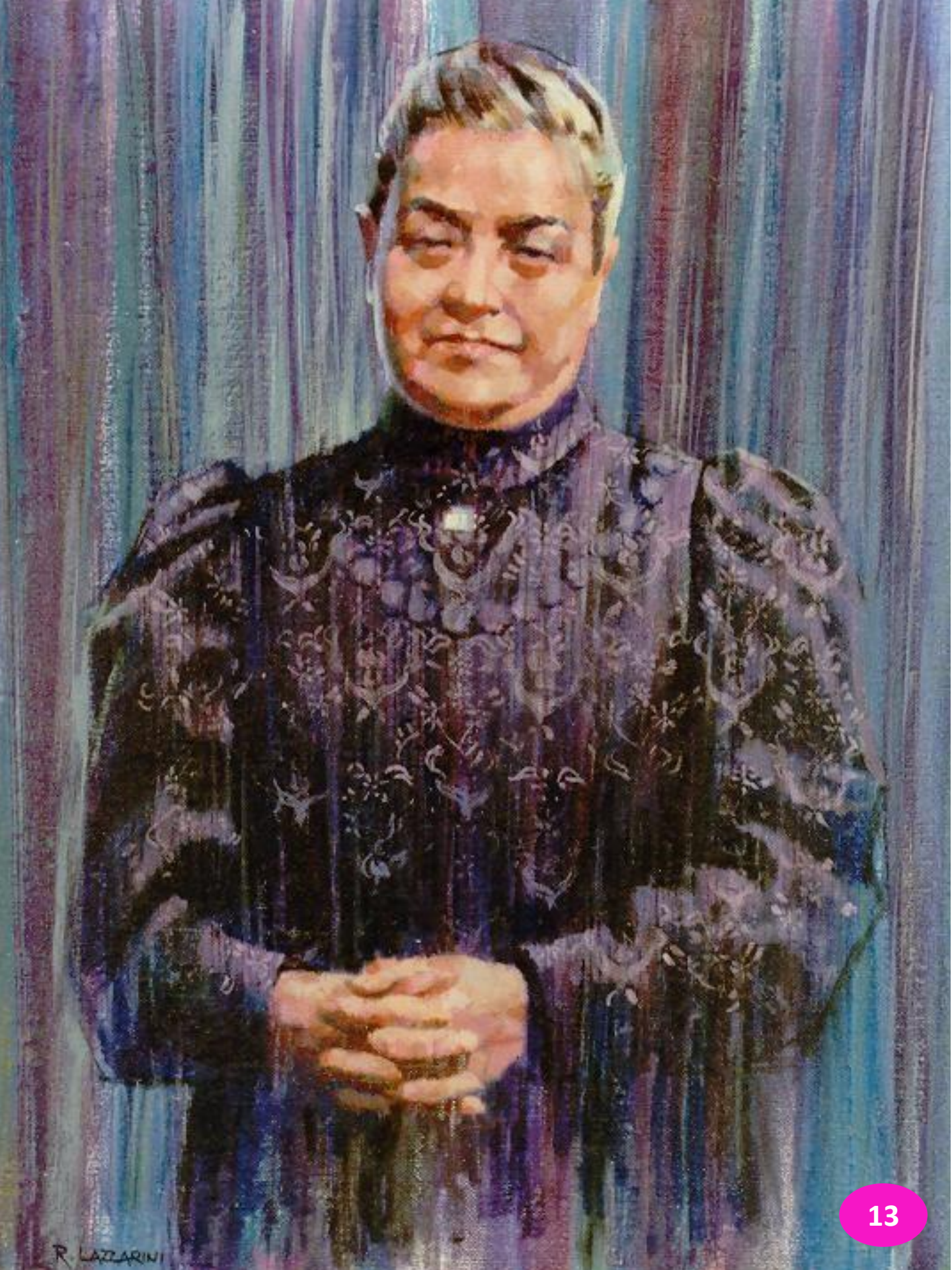
¿Cómo era el corazón de Dolores?

Sería relativamente fácil seguir describiéndola “por fuera” y hablar de lo que hizo; pero no nos basta. Sabemos que lo mejor de una persona está en su interior.

¿Cómo conocer a Dolores «por dentro»? No es fácil. Una persona por dentro es sencillamente un misterio, algo maravilloso y profundo y no todo está a nuestro alcance. ¿Cómo era ese mundo interior que solemos expresar con la palabra CORAZÓN? ¿Ese espacio íntimo donde se sufre y se goza, donde se ama y desde el cual se vive todo lo demás? Lo sabemos porque muchas veces ella lo expresa y lo hace con claridad. No oculta sus sentimientos, como cuando por ejemplo, comenta: «¡Cuánto sufrí...!», «... parece que el alma me la arrancaban...» o «... tuvimos la dicha inefable...», «... bajamos locas de alegría aquellas escaleras...» o «... nuestro pobre corazón se ahogaba de pena...»

Será, por eso, lo mejor penetrar en su interior a través de algunas frases suyas, como acompañados por ella misma. Lástima que tengamos que prescindir casi siempre del contexto, para no hacernos interminables. Con todo, espero que estos sencillos trazos de su misma pluma, nos dibujen su panorama interior. Descubriremos que Dolores tenía un corazón sensible. Un corazón grande. Un corazón valeroso. Un corazón enamorado.

Un corazón sensible. Gozaba y sufría mucho. Se conmovía hasta las lágrimas y sabía alegrarse y reír. Era sensible, sobre todo, a las penas, necesidades y alegrías de los demás.



«Nuestra aflicción era grande»,

Yo sufría «horrores...», dice ante la dificultad de ayudar a los que morían sin fe en el Hospital de la Princesa.

«Se escapaban lágrimas de mis ojos...», en Puerto Rico, mientras se arreglaba para asistir a reuniones y durante ellas, pensando en los enfermos que solía visitar y que «a esa misma hora» sufrían en el hospital.

También es sensible ante la pobreza y la marginación social: «Al salir del barrio (de Las Injurias) Julia y yo, nos miramos con el corazón oprimido y nos dijimos a la vez: Aquí hay que seguir viniendo.»

Lógicamente, le alegra poder ayudar a quien lo necesita. Nos dice de sus visitas al leproso: «¡Cuánto gozábamos! Nosotras consolando y él dándonos cuenta de todo su sufrimiento y de todos sus consuelos.»

Por el contrario, en una ocasión una amiga la notó triste y, al preguntarle la causa de su tristeza, Dolores contestó que la entristecía no poder, en esta ocasión, hacer nada por los demás. Entonces comenzaron a salir al campo, en los suburbios de Santiago de Cuba. Cuando puede darse y ayudar, ¡qué pronto disipa su tristeza! Tempranito, antes de que caliente demasiado el sol, reúne muchas personas sencillas, que acuden para aprender y las escuchan con entusiasmo y atención. «Todos se fueron muy contentos... Nosotras volvimos a casa con el corazón henchido de alegría.»

recuerda
antes dos
hermanas
muy pobres
y enfermas
de tifus,
a quienes,
con su amiga,
trataban de
ayudar.



Barrio de las Injurias - Madrid, 1885.

Dolores es sensible también a la amistad.

La ha probado.
Sabe lo que
es querer y,
precisamente
por ello,
sufrir.
Al salir de
Puerto Rico,
dice:
«...entre
lágrimas y
sollozos nos
dimos el
abrazo de
despedida.»

A sus amigas de Cuba, «las quería mucho, sobre todo a Julia.» También de allí le «costó arrancar.»

Años más tarde, al separarse de una de sus compañeras: «Mucho sufrió mi corazón, pues era grande el cariño que le tenía.»

No era indiferente al no poder dar gusto –por fidelidad a Dios– a personas que quería: «¡Qué ratos de amargura he pasado, por lo mucho que sufría al tener que contrariarle!»

Dolores sufre y goza también por ella misma. Probó –¡cómo no!– lo que es la indiferencia de los demás, lo que es ser mal interpretada, ofendida, humillada. Vive momentos difíciles en silencio. Trata de ocultar su dolor para evitar que otros sufran y por «no revelar faltas que por caridad debemos callar.» Escribe: «sufrir en silencio las penas...» En una ocasión llega a ponerse enferma porque un intenso sufrimiento «la devoraba el alma.» Buscando en Dios su apoyo, quiere sufrir hasta con alegría, porque sabe que el sufrimiento la asemeja a Cristo y, con Él, es redentor. «Sufrir con alegría las injurias», escribe. «Abrazarme a todas las humillaciones que me vengan.» Sufre con esperanza. Cree en el valor del sufrimiento y algunas veces, –no siempre– comprueba su eficacia: «¡Qué alegría me dio al ver que mis sufrimientos habían sido aceptados!... Yo me regocijé y llené de consuelo...!»

Goza al ver cumplidos sus deseos: «Llegamos con toda felicidad y el corazón henchido de alegría al poner por vez primera el pie en la Ciudad Eterna... yo gocé lo indecible...»

En un corazón sensible todo hace mella. Habla de «ilusión» y de «desilusión», de «temores» y de lo que «en el fondo del alma sentía», así como de las «huellas imperecederas» que dejan en su corazón algunos acontecimientos. Cuenta que algunos hechos le «hielan el alma»... y así podríamos seguir seleccionando pinceladas, en las que deja traslucir su interior que, como vemos, estaba muy lejos de ser de piedra...

Un corazón grande

Como sin límites... Un corazón no encerrado en sí mismo, sino abierto al mundo entero.

No podemos pensar que para alguna persona no hubiera lugar en el corazón de Dolores. Pide, en su oración, por todos los hombres, por «los millones... que pueblan la tierra», sin excluir a uno solo. Todos saben, ricos y pobres, ama y acoge sin distinciones.



«Amarlos y unirlos a todos» es lo que desea. Y por lograrlo, sueña «atravesar España de extremo a extremo y cruzar los mares», quiere llegar «hasta el rincón más apartado.» Y porque pensaba en el «mundo entero» «consideraba a Europa solo un barrio...» Estos deseos la definen. Nos encontramos, sin duda, ante un corazón grande. Por eso sus aspiraciones son grandes: «Yo con cosas raquílicas nunca he podido»...



Sabemos que desea vencer el odio

Esta familia, este amor grande y profundo que ella sueña, solo puede tener un fundamento firme que sea capaz de superar todas las diferencias: es el fundamento de la fe, en Dios, nuestro Padre, se apoya sólidamente nuestra familia. En Cristo, el Hijo por excelencia, somos todos hermanos. Por eso a ella le gustaba añadir «...una familia en Cristo Jesús.» Esto nos termina de dar una idea de lo inmenso que era su corazón, pues ya no sólo abarca a todos los hombres y al mundo entero, sino que llega hasta el cielo y abraza al mismo Dios.

Digamos, todavía, una palabra de la grandeza del corazón de Dolores, que se muestra en el perdonar. Sabemos que no es fácil; aquí tropiezan muchos corazones que en otros aspectos, son generosos. El perdón de Dolores es amplio, no quedan en ella huellas de rencor. Unas personas que la habían hecho sufrir, le escribe: «Yo te perdono de todo corazón los ratos amarguísimos que me has hecho pasar»; y, en otra ocasión va aún más allá: «...no sólo te perdono... sino que te bendigo con todo el corazón.» Quien asistió a su muerte ha comentado que puso todo el alma en perdonar.

con la
fuerza
del amor
y «hacer de
todos los
hombres
una sola
familia.»

Un corazón valeroso

Que no se
achica,
que no se
arredra,
a pesar
de las
dificultades;
es más,
dice que
las
dificultades
la
enardecen.

Después de un incidente; «seguíamos nuestros trabajo adelante sin que nada nos acobardara.» Esta palabra «adelante», parece que era muy de su gusto. Cuando otros ante un fracaso imprevisto le preguntaban ¿qué hacer?, ella parece que no se lo ha preguntado; «seguir adelante», y contesta como algo obvio y natural. No es fácil detenerla porque está llena de valor. Su hermano -militar- en una ocasión refiriéndose a Dolores, y a su hermana, al oírlas salir de casa piensa en alta voz: «¡Estas mueren vestidas!»

Nada se le hacía costoso, cuando se trata de ayudar a una persona y de dar a conocer a Dios. «Nada me costaba trabajo...»; se entusiasma con la empresa aunque sea difícil: «Me llenó de entusiasmo los muchos trabajos que tenían que pasar...»

Pero, he aquí, que, inesperadamente, encontramos algo que parece detenerla, que la desmoraliza, aunque no siempre y es no encontrar apoyo en los que más obligación tendrían de ayudarla y que no sólo no lo hacen, sino que influyen en otros para que no lo hagan. «Esto es lo único que me ha desalentado algunas veces», confiesa. Esto no es su tónica. En general «estaba dispuesta a todo», «dispuesta a derramar la última gota de su sangre» ¿Qué más valor podemos pedir?

Al mismo tiempo, ella se siente un «vaso vacío» una «débil mujer», un «instrumento roto», un «trasto viejo», «una gota de agua ante el océano»... Tenemos por fuerza que preguntarnos entonces, ¿de dónde le viene a Dolores esta fortaleza, este valor? ¿Qué hay más allá de todos los sentimientos? ¿Cuál es el sostén de su vida y el valor de sus actos? No basta un temperamento equilibrado y un carácter decidido. La respuesta es una: el amor.

Dolores tenía un corazón enamorado. Nos encontramos ante una Dolores inédita. Un tanto desconocida. Estamos habituados a verla «trabajar sin descanso» por los demás, ir y venir, relacionarse con muchas personas. La siguen multitudes de obreros, porque saben que los quiere desinteresadamente y se empeña con denuedo en su promoción; organiza un grupo grande de colaboradores a quienes transmite su inquietud apostólica y social; su actividad es increíble, no se rinde. Dejemos ahora todo eso. Vamos a asomarnos a lo más profundo de su interior; todo brota de un corazón enamorado de Dios mismo.

Sí. El amor más fuerte de su vida es sin duda el amor a Dios. Esto, que para muchos es algo abstracto, teórico, frío, como irreal, lejano, para ella es todo lo contrario: es un amor personal, concreto, cálido, tierno, íntimo.



Su persona, su interior, su corazón, su vida entera están llenos de este amor. Un corazón enamorado y correspondido... o mejor, enamorado porque corresponde a quien la «amó primero» con amor infinito... Con este Dios se relaciona personalmente. Él la acompaña y la sostiene: «Al arrancar el tren y quedarme sola con mi Dios... como el niño se duerme en brazos de su madre tranquilamente, así me arrojé yo en el regazo de su amor sin temor de ninguna clase.»

En Él se apoya: «apoya totalmente en Él, la fortaleza que siento no es mía.» «Siempre sentía la fortaleza interior que necesitaba.» Con Él habla: «... que mi conversación interior... no sea interrumpida con el que hacer exterior...»

A Él se siente unida por el amor: «... no rompa yo por mi culpa, este lazo de amor que nos une...» «Tú, cuanto eres, mío eres; yo cuanto soy, tuya soy.»



Este Dios,

Vio Dolores –especialmente iluminada- el interior de Jesús, su Corazón, su amor inmenso a todos y a cada uno de los hombres. Lo vio sufriendo angustias de muerte. Comprendió con claridad lo que significa «redimir»... «dar la vida por el otro», «salvar»... «amar hasta el extremo...» Se dio cuenta de la desgracia irreparable que sería para Dios que un hijo suyo se pierda.

Entonces sintió que la alcanzó el fuego: una chispa saltó a su corazón, creció en ella la misma sed... un deseo infinito... devorador. Se sintió más que nunca pequeña y débil, «como una arena en las inmensas playas...», pero decidida a dar su amor, su sacrificio, su vida a Dios, para gastarla en un trabajo incansable a favor de los demás. Ella está convencida de que muchos «no aman a Dios porque no le conocen.» ¿Cómo darlo a conocer? Con inmenso respeto, por el camino del amor.

Es el amor el que la despierta, la ayuda a descubrir las necesidades que hay a su alrededor, la impulsa a despertar y movilizar a otros. Es el amor el que se expresa en palabras de acogida en gestos de amistad en obras de promoción, en el empeño en construir fraternidad. Es el testimonio de un amor gratuito, desinteresado, sincero, generoso que prepara el camino y acerca a la meta de sus afanes. Sólo el amor hace espacio a Dios en su corazón. El amor es camino y meta, porque Dios es el amor mismo.

que es el
primer
enamorado
de la
humanidad,
ha
contagiado
a Dolores.
«Corazón
enamorado
de los
hombres»